



De las tristezas españolas

LA ACEDIA

En la literatura monacal de la Edad Media aparece a menudo, como terrible fantasma de enfermedad abismática, la «acedia», el tedio o desabrimiento, acompañado de languidez y de tristeza; la desgana de vivir con el temor a la muerte. Era el más temible azote de la soledad de los conventos.

El «Kempis» dice que los acediosos serán punzados con ardientes estímulos (libro I, 24, 3), y aquí se toma acedioso en el sentido de negligente y desfallecido. Pero el acedioso no era como otro negligente o flojo cualquiera, sino que su flojedad tenía raíces de tristeza y de desencanto. Y acongoja el ánimo más sereno el seguir las descripciones que de la acedia trazaron algunos de aquellos varones expertos en tentaciones diabólicas que sintieron el apretón de su hielo. Porque era la acedia hielo en el tuétano de los huesos del alma. Y con el hielo, sequedad.

«Adormecióse de tedio mi alma», dice el palmista. Y almas así, adormecidas, más bien amodorradas y abotargadas de tedio, se encontraba a las veces en las soledades de los claustros. Y todo era mandar alegría, como si uno pudiese alegrarse por obediencia.

Nuestro venerable padre Alonso Rodríguez, S. J., en su «Ejercicio de perfección y virtudes cristianas», trata (cap. IV del tratado sexto de la parte segunda) «de las raíces y causas de la tristeza y de sus remedios», y dice, epitomizando a los maestros de ascetismo, lo que el lector se puede figurar. Recuerda las palabras del padre maestro Avila de que no hay duda sino que el penar viene del desear, y así, a más desear, más penar; a menos desear, menos penar; a ningún desear, descansar.

Ese triste tedio de la acedia claustral no era sino fruto desabrido y estéril del deseo sin esperanza. Y por eso tendían a matar el deseo.

Y bien. ¿Qué es que en este vasto convento de nuestra España, en este claustro nacional, se ceba tanto la acedia? Porque hay aquí una acedia civil o seglar, una agrura, de que vemos a tantas gentes, y gentes de valer y de valor, atacadas. Es corriente leer en franceses que conocen las cosas de espíritu de España que hablan del castellano «maltier et morne»; los ingleses le llaman «proud and gloomy», orgulloso y triste. Aunque siempre al orgullo acompaña la tristeza, hijos ambos del encogimiento o timidez. De la timidez digo, no de la cobardía. Hay osados o atrevidos, lo que ahora se llama frescos, que nada tienen de valientes, y hay otros muy valientes y arrojados cuando de afrontar el peligro o de luchar por su verdad se trata que son tímidos.

¿Os acordáis de la extraña locura—locura muy española—del pobre Tomás Rodaja, el Licenciado Vidriera, que brotó en el alma de Cervantes del rastrojo del «Don Quijote»? Imaginóse el desdichado que era todo de vidrio, y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen, porque le quebrarían; que real y verdaderamente él no era como los otros hombres; que todo era

de vidrio, de pies a cabeza.» ¿Y no lo era de veras? ¿No es acaso que el mismo pobre Cervantes, a quien le dolía su patria y a quien la patria le hizo sufrir, se sentía por dentro de vidrio quebradizo? Y añade el triste padre espiritual de Don Quijote que tan «extraña imaginación» fué «cosa que causó admiración a los más letrados de la Universidad (la de Salamanca) y a los profesores de Medicina y Filosofía, viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura como era el pensar que fuese de vidrio se encerrase tan grande entendimiento que respondiese a toda pregunta con propiedad y agudeza». Mas lo que acaso no se le ocurrió pensar a nuestro Cervantes fué que del grande entendimiento de Tomás Rodaja brotó la locura del Licenciado Vidriera, como del grande entendimiento de Alonso Quijana el Bueno y de su bondad brotó la locura de Don Quijote. En la España de Felipe III, y aun en la de Felipe II, sólo la obtusidad mental o la malicia libraban de dar en loco. El hombre de ingenio y de bondad, ¿qué iba a hacer sino enloquecer?

Casi en los mismos términos cuenta Cervantes cómo enloquecieron sus dos héroes, el que se echó a los caminos a enderezar enruos y deshacer agravios y el que se echó a las calles y plazuelas a soltarles a sus convecinos a las barbas las verdades del barquero. Y casi en los mismos términos cuenta cómo sanaron uno y otro, para morir el uno, para despatriarse el otro.

¿No habéis topado en alguno de los corredores de las celdas del convento que es España con enfermos de acedia que se creen de vidrio y chillan y se quejan así que se les toca? Pues yo sí he topado con muchos de ellos. Parecen locos; mas así que se pone uno a hablar con ellos y les oye discurrir y razonar su dolencia, convéncese de que son los más cuerdos, porque son los que sienten la locura común y la expresan: que son los más sanos, porque sienten la enfermedad común y la gimen.

¿Os acordáis de las postrimerias de la vida de aquel melancólico y acedioso D. Francisco Silvela, que declaró a España sin pulso y sintió la desgana de la política y el tedio de la acción pública? ¿Y el ocaso de aquel otro español enfermo de la conciencia de su españolidad, que fué Costa, y que rugía como paralítico león de vidrio cada vez que el pierzo patrio le azotaba la frente calenturienta?

«¿Qué será—me han preguntado muchas veces, ya españoles, ya extranjeros que nos conocen—; qué será que en España hay tanto espíritu amargado?» Y puestos a pensar, a pensar dolorosamente en ello, a pensar con el corazón oprimido, hemos creído que el manadero de ello sea la pobreza, aquella trágica pobreza a que invocaba lóbregamente Cervantes, diciendo: «Oh, pobreza, pobreza! ¿Por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente?» Y no es sólo la pobreza material, la de bienes de fortuna; hay otra.

La pobreza de España es tan patente y clara como lo desmedido de nuestros deseos sin esperanza de lograrlos. Dicen que Nietzsche decía que el español ha osado demasiado, ha aspirado siempre muy alto. Nada menos que a igualarse con Dios, a conquistarlo. El español ha creído que el cielo le correspondía por juro de heredad, y se ha encontrado sin escala con que escalarlo. Como no sea aquella escala soñada que vio Jacob en sueños—es decir, soñó que veía—durmiendo sobre la tierra de Harán, con una piedra por almohada.

RSIDAD
DE SALAMANCA
CREDOS.USALES



da. Y con una piedra como almohada, durmiendo sobre el suelo, en la soledad de nuestra pobreza, hemos soñado el cielo nuestro. Y al volver a la vela hemos desdenado hemos a la tierra.

«Desperado», esto es, desesperado, es una palabra que han tomado los ingleses de nuestra lengua, y que no corresponde sino en parte a la *suya outlaw*, esto es, quien se halla fuera de la ley, o porque se salió o porque le sacaron de ella. Y desesperados, por desesperanzados, son muchos de nuestros acediosos.

¿Pobreza? Sí, en el fondo pobreza, pero pobreza colectiva. Y el que no da en mendigo da en agrio y en huraño y en tímido orgulloso. La concurrencia y competencia de unos con otros es abrumadora, pero es una concurrencia de pordiosería. Se lleva un mayor mendrugo el que mejor sabe pordiosear.

¿Quién ha dicho que Don Quijote y Lazarillo, el del Tormes, o Guzmán de Alfarache, eran hermanos de casta? Sí, hermanos de casta: eran; pero Don Quijote, el hidalgo, era el loco, y Lazarillo, el pícaro, el cuerdo. Pero cuerdo con la triste cordura de nuestra ruindad. Como Diego Cortado, Cortadillo, el del Pedroso, el sastre que aprendió a cortar bolsas, era, no ya cuerdo, sino muy avisado y listo, mientras que el pobre Tomás Rodaja, que pensaba honrar a su patria y a sus padres haciéndose famoso por sus estudios, acabó en loco. Y en lo que es peor aun: en loco curado.

Porque debe de ser terrible la razón de después de la locura, la melancólica vuelta al ensueño de la vida, la derrota del ideal. Browning escribió un intenso poema sobre la vida íntima que llevaba Lázaro el de Betania después que el Cristo, su amigo, le sacó de la tumba para devolverle el respiro. Y si el pobre Don Quijote no se muere, por infinita misericordia divina, al punto casi de haberse curado de su heroica locura, habría sido trágicamente lúgubre su vida de cuerdo probado. El Licenciado Vidriera curó; pero «viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse a Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podía valer de las de su ingenio, y poniéndolo en efecto, dijo al salir de la corte: ¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes y acortas las de los virtuosos encogidos, sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos vergonzosos!» Por donde se ve que el pobre de Tomás Rodaja, el ex loco, el que anduvo por calles y plazuelas soltándole a cualquiera a las barbas las verdades del barquero, era un encogido y un vergonzoso. No servía para mendigo—mendigo de lo que fuese—, ¿y qué iba a hacer en la corte de Felipe III quien no sabía pordiosear? Y fué a morir a Flandes, lejos de la patria.

No hace muchos años sostuvo un ingenio español que aquí, en España, no se sabe amar, no se sabe mas que odiar y envidiar. Y habló, con acres palabras de encendida y ruda elocuencia, de la hurañez y hosquedad de nuestra convivencia. Así es. Un espeso ambiente, ambiente de bochorno metálico,

más que triste, ceñudo, parece ponernos una losa sobre el pecho del alma. Recuérdase los versos inmortales de García Tassara, refiriéndose a los campos de Castilla:

Campos desnudos como el alma mía,
que ni la flor ni el árbol engalana,
ceñudos al nacer de la mañana,
ceñudos al morir del breve día.

Ceñudos los campos bajo un cielo espléndido, pero de acero, bajo un cielo de azul metálico que arranca sombras negras a los claros destumbradores. Y el dulce matiz, la sonrisa de la Naturaleza, no viene a consolarlos en la locura en que se mejan y funden la risa, una risa amarga, con el quejido seco y restallante. Porque nuestro quejido es seco, chillón, sin lágrimas y sin blandura. Sólo plañen y quejumbread con lágrimas, sombrero en mano, los mendigos.

¡Triste vida española, vida de hidalgos y licenciados locos, de pícaros y mendigos cuerdos! ¡Cuántas esperanzas tronchadas en flor! ¡Cuántos ingenios derretidos en un triste caso de acedia y de desengaño! Este año se celebrará, con toda la ridiculez y toda la ruindad de las celebraciones oficiales, el tercer centenario de la muerte melancólica del pobre Cervantes, el profeta del desengaño. ¡Habrá quien recuerde y comente las palabras, brotadas del corazón acongojado del manco de Lepanto, que el ex loco Tomás Rodaja dijo al salir para siempre de la corte de las Españas? Son palabras de acedia, de triste acedia, de agrura, de dolorida agrura. Ciertamente que Tomás Rodaja, el encogido y vergonzoso, fué, como lo fué Cervantes, un orgulloso. Y si no hubiera sido por el orgullo, ¿cómo habrían podido vivir en el lóbrego convento de la patria?

Miguel de UNAMUNO

